

YOSHIMI YOSHIAKI

ESCLAVAS SEXUALES. LA ESCLAVITUD

SEXUAL DURANTE EL IMPERIO JAPONÉS.

Barcelona: Ediciones B, S.A.

2010, 242 Pp.

Por: Andrés Eduardo Vivas Díaz

Pontificia Universidad Javeriana

andreseduardovivas26@hotmail.com

El libro *Esclavas Sexuales. La esclavitud sexual durante el Imperio Japonés*, de Yoshimi Yoshiaki, es quizá uno de los pocos trabajos que se han dedicado exclusivamente a uno de los temas más delicados en Asia oriental: la responsabilidad legal que tiene el gobierno japonés con las mal llamadas mujeres de consuelo durante la guerra del Asia Pacífico entre 1937 y 1945. Yoshiaki, quien es catedrático de historia de Japón Contemporáneo y miembro fundador del Centro de Investigación y Documentación de las Responsabilidades de guerra japonesas, ha realizado un exhaustivo trabajo de investigación y recopilación de todos aquellos materiales que involucran tanto a las fuerzas militares, como al gobierno imperial como actores centrales y gestores de la construcción, uso y administración de los centros de consuelo (*ianjo*).

La introducción del libro le presenta al lector que eran las *Jungun lanfu* o mujeres de consuelo, las cuales eran mujeres coaccionadas para mantener relaciones sexuales (en la mayoría de los casos) en contra de su voluntad y en las condiciones más paupérrimas de vida. El autor es enfático que no se puede hablar de mujeres de consuelo y que preferiría usar el término *gunyou seidorei*, «esclavas sexuales del ejército», debido a que el significado del término consolar posee una connotación de amor y de afecto hacia la otra persona, mientras que lo vivido por estas mujeres no era otra cosa que esclavitud sexual. Sin embargo, el autor opta por usar el término *Jungun lanfu*, debido a que tiene gran aceptación y difusión dentro de la sociedad tanto japonesa como de otras regiones. Por último, el autor nos es enfático en que las *Jungun lanfu* no son lo mismo que las prostitutas, prostitutas reguladas, sirvientas o camareras (*baishunfu, geigi/shougi, shakufu y jokyu* respectivamente), y tampoco un centro de consuelo es lo mismo que un burdel.

Yoshiaki, en la introducción, ilustra al lector sobre el debate que ha surgido en torno a la responsabilidad legal y moral del gobierno japonés en cuanto al reconocimiento de aquellas mujeres que fueron obligadas a ser mujeres de consuelo. Este ha surgido, por la organización de diferentes mujeres (especialmente coreanas) quienes iniciaron un proceso en donde exigen que el gobierno japonés las indemnice y acepte su responsabilidad como criminal de guerra. Por otro lado, Yoshiaki nos presenta como el gobierno no ha reconocido muchos puntos problemáticos en el tema, pues si bien ha ofrecido «sus más sinceras disculpas y su arrepentimiento» (*owabi*) sigue sosteniendo que no

es posible garantizar indemnizaciones individuales y que el derecho a reclamar reparaciones a escala nacional ya no es aplicable¹. El *owabi* o la disculpa, dice el autor, es un término en japonés que no es más que una disculpa que depende de su interpretación y que en la mayoría de casos simplemente es apenas mayor a decir «disculpe» cuando se tropieza con alguien. De este modo, el autor concluye que si bien se han llevado a cabo investigaciones oficiales (muy limitadas) y se ha admitido la participación del Ejército y la Policía en la coacción a mujeres de consuelo, el no aceptar su responsabilidad legal hacia estas mujeres ha hecho que la *owabi* no sea un factor determinante en una disculpa real con las víctimas.

En cuanto a la estructura, el libro está dividido en 6 capítulos, los cuales abordan diferentes puntos de análisis del tema. El primer capítulo lo dedica a establecer los motivos de la creación de los centros de consuelo y donde fue que empezaron a funcionar. Una de las razones históricas que da el autor del porqué de esa práctica, se centra en la experiencia que trajo consigo el envío de tropas a Siberia en 1918 en el marco de la Revolución Rusa, en la cual, los soldados no tenían conocimiento del que papel jugaban en dicho conflicto y esto generó una pérdida de la moral por parte de la tropa e indisciplina, la cual tenía que permanecer en el frente durante largos períodos de tiempo en los cuales la tropa acogía una actitud nihilista. Por otro lado, los ejércitos occidentales habían aprendido en la Primera Guerra Mundial la importancia que tenía darles a las tropas permisos, pero, como ya se ha visto, el Ejército y la Armada japonesa no implementaban ese esquema.

Yoshiaki afirma que el primer centro de consuelo documentado surge en Shanghai, lugar donde, después del conocido «incidente de Shanghai» el Imperio Japonés emprende una campaña de conquista sobre China. A medida que se prolongaba el conflicto, las violaciones empezaron a preocupar al cuartel general por dos motivos: el primero, debido a que los soldados estaban infectándose con enfermedades venéreas lo cual mermaba el número de hombres aptos para el combate; segundo, debido a que en China las violaciones eran una ofensa de suma gravedad y si Japón esperaba convertir a China en una colonia, debía ganar el beneplácito de los chinos. De este modo, se empezó la construcción masiva de centros de consuelo, pero contrario a su función de prevenir violaciones y enfermedades, estas nunca se detuvieron a pesar de que se construyeran más centros. Un psiquiatra del 11º departamento jurídico y médico de nombre Hayao Torao escribió lo siguiente:

El propósito fundamental de estos recintos [Centros de consuelo] es apaciguar a los soldados satisfaciendo sus deseos y prevenir las violaciones, que mermán el honor del ejército imperial. [...] Con todo, el número de violaciones sigue siendo considerable en las zonas rurales y tras la línea del

¹ La *owabi* enviada por el primer ministro Hashimoto Ryoutaro en 1996, fue más a título personal que oficial.

frente. [...] debido a lo extendida que está la creencia de que puede hacerse con el enemigo todo lo que jamás se haría en casa.[...] Los comandantes, por su parte, opinan que [las violaciones] son necesarias para levantar la moral de la tropa. Incluso fingen no saber nada acerca de las violaciones que presencian².

Yoshiaki presenta que como las enfermedades venéreas seguían en aumento dentro de la tropa, se estipularon normas «de uso» de los centros de consuelo, además se estableció una serie de restricciones como las de visitar burdeles locales y se inició una política en la cual las mujeres debían someterse a exámenes médicos una vez por semana.

El segundo capítulo se centra en cómo tras el inicio de la expansión militar en el Asia Pacífico, se llevó consigo el modelo de los centros de consuelo. Uno de los puntos en los que hace referencia Yoshiaki, es la rápida captación de mujeres locales, las cuales empezaron a ser preferidas por los japoneses más que las «profesionales» traídas desde Japón³. Cabe aclarar que todas estas mujeres locales no eran profesionales y fueron forzadas a prostituirse.

El tercer y cuarto capítulo, el autor los dedica a describir cómo eran reclutadas las mujeres y la vida que estas eran obligadas a llevar. Yoshiaki hace uso de las diversas entrevistas y los documentos para explicarnos cómo en muchos casos estas mujeres provenían de sectores muy humildes, en donde sus familias afrontaban serios problemas económicos, al igual que la mayoría de las mujeres no tenían posibilidades claras de conseguir un futuro estable. De este modo, muchas de ellas eran engañadas por intermediarios, los cuales muchas veces les ofrecían puestos de enfermeras o ayudantes. Por otro lado, también existían mujeres las cuales eran vendidas (tanto por sus padres como por conocidos) y otras que eran simplemente secuestradas. Uno de los puntos en los que el autor hace énfasis es en el tráfico de mujeres (muchas menores de edad) con una clara ayuda de las autoridades tanto locales (las gobernaciones de las colonias) como imperiales (comandancia central y el ministerio de la guerra).

La vida que estas mujeres estaban destinadas a llevar no era para nada enviable, el autor nos muestra cómo vivían en pequeñas habitaciones en las cuales apenas cabía una cama, tenían que mantener relaciones por varias horas al día y solo se les permitían 1 o 2 días libres al mes. Además, Yoshiaki muestra cómo eran objeto de maltrato físico y psicológico, como no se les pagaban sus «servicios» en muchos casos y como en caso de estar enfermas eran literalmente abandonadas a su suerte.

² Yoshimi Yoshiaki, Esclavas Sexuales. La esclavitud sexual durante el imperio Japonés (Barcelona: Ediciones B, 2010), 57
³ Yoshiaki, 89.

En el quinto capítulo, el autor revisa cuales fueron las violaciones al derecho internacional que vulneró el Imperio Japonés con estas mujeres y los juicios por crímenes de guerra, en donde queda claro que fueron muy pocos los condenados por estos delitos, además que solo Holanda fue quien denunció este trato con sus conciudadanos en las Indias Holandesas (Indonesia), sin embargo, las mujeres de las Filipinas, Taiwán, Corea e incluso las japonesas no tuvieron una oportunidad real de denunciar el trato del que fueron víctimas. Por último, el autor alerta que en la mayoría de veces, los casos no se investigaron a fondo debido al interés de EE. UU. por tener ventajas sobre Japón en lo que ya se vislumbraba como la Guerra Fría.

Para el sexto capítulo, el autor nos presenta la situación después de la derrota del imperio, en donde se ve cómo estas mujeres debieron ocultar su pasado como mujeres de consuelo para no ser estigmatizadas por la sociedad. Esta estigmatización se dio sobre todo en ámbitos familiares y laborales, en donde las mujeres que hablaban abiertamente de su pasado fueron vistas como prostitutas por sus sociedades. Por otro lado, la mayoría no logró consolidar un hogar estable, ya que en muchos casos sus esposos las dejaban al conocer su pasado o simplemente los traumas psicológicos generados por las experiencias que vivieron impidieron que confiaran y crearan un lazo de mutuo entendimiento con sus parejas. Por otro lado, el autor hace una reflexión sobre la violación como un accionar generalizado en todos los ejércitos presentes en la Segunda Guerra, mostrando que si bien el concepto de los centros de consuelo son prácticamente japonés, el ejército rojo, la Wehrmacht e incluso los estadounidenses cometieron estos actos. Uno de los casos menos conocidos es que los estadounidenses al terminar la guerra usaron centros de consuelo establecidos por el gobierno Japonés para su diversión al igual que se dieron diversos casos de violación a civiles japoneses.

El autor concluye su trabajo haciendo una reflexión sobre qué cosas han cambiado desde la IISG y cuáles no, mostrando hasta qué punto las violaciones y el trato inhumano hacia la mujer sigue presente en los conflictos actuales como en Bosnia. Además el autor reflexiona sobre como la cultura popular vende a la mujer, en donde la «importancia» del sexo no se ha superado, y en series de televisión, comics y demás medios es un tema recurrente y el cual ya no tiene regulación clara. Por otro lado, el autor analiza la enseñanza que nos deja el caso de las mujeres de consuelo, donde no solo se vulnera su derecho como mujeres y se convierten en simples esclavas sexuales sino además mostro una discriminación étnica y racial hacia las mujeres no japonesas. Por último, Yashimi Yoshiaki nos dice que el gobierno debe cerrar este círculo que lleva más de 50 años, dejando a la luz pública todos los documentos que tiene en custodia y reconociendo e indemnizando a todas las mujeres que fueron víctimas, mostrando que al hacerse esto posicionaría el Japón como una nación comprometida con los Derechos Humanos y recuperaría la confianza a nivel internacional.

Este es un muy interesante texto que no solo nos muestra un tema que no ha sido estudiado a fondo sino que además nos permite ver cómo existieron diversos actores en la construcción y administración de estos recintos. Uno de los puntos más relevantes del texto es que el lector podrá encontrar los diversos extractos de los documentos que ha investigado el autor, dejándole ver de primera mano qué es lo que se decía de los *ianjo* y de las *Jungun lanfu*, para que así él mismo pueda sacar su conclusión al respecto, aunque Yoshiaki logra demostrar sus argumentos, pues en muchos casos es clara la participación del gobierno, los militares y el sufrimiento de las mujeres.

En un segundo lugar, Yoshiaki no es ajeno a la realidad actual y nos presenta una reflexión que invita al lector a pensar en su entorno y qué cosas han cambiado y cuáles no con relación al trato dado a las mujeres y la importancia que aún tiene en la sociedad los actos como la violación. De este modo, considero que el libro además de ser una fuente importante para todo aquel que se interese por la Guerra del Pacífico y de los crímenes de guerra perpetrados por el Imperio del Japón, es también un material que permite al lector autoreflexionar sobre diversas situaciones concernientes al uso de la violencia sexual como eje de coacción, y cómo hasta que no se instaure una verdadera política y enseñanza sobre estos hechos, muy difícilmente se logrará un cambio verdadero en los años venideros.